



CALDENAL

Un bosque ignorado



CALDENAL

Un bosque ignorado

GERARDO SALONIA

FOTOGRAFÍAS Y TEXTOS

WOLKOWICZ
EDITORES

Wolkowicz Editores

www.wolkowiczeditores.com.ar

Salonia, Gerardo Salvador

Caldenal un bosque ignorado/ Gerardo Salvador Salonia. 1a ed.

Florida: Wolkowicz Editores, 2025.

126 p. ilustr. ; 18 x 25 cm.

ISBN 978-631-90361-9-0

1. 1. Fotografía. 2. Árboles Autóctonos. I. Título.

CDD 779

Diseño: Daniel Wolkowicz

Fotografías: Gerardo Salvador Salonia

Primera edición, setiembre de 2025

© 2025 Gerardo Salvador Salonia

© 2025 Wolkowicz Editores

ISBN: 978-631-90361-9-0

Hecho el depósito de ley 11.723 Impreso en la Argentina. Printed in Argentina

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, sin previo consentimiento por escrito del editor.

a María



Índice

Trenes en el desierto	11
Hacer Paisaje	33
Un paisaje para el caldenal	59
Tesis sobre el paisaje de W. J. T. Mitchel	99
Hacia un desierto verdadero	114
Bibliografía	116
Referencias fotográficas	120
Agradecimientos	123



Trenes en el desierto

Los changarines cargaban las valijas en la estación Once del Ferrocarril Sarmiento y las llevaban hasta el vagón en el que se despachaban los equipajes. El Ranquelino –formación que recibía ese nombre porque cruzaba los territorios habitados por los ranqueles– partía a las ocho y cuarto de la mañana rumbo a General Alvear, en el sur mendocino, adonde llegaría después de quince horas de viaje, que solían ser más.

Se cruzaban barrios y estaciones con sus nombres escritos en carteles con fondo negro y letras blancas: Haedo, Morón, Paso del Rey; eso seguía siendo la ciudad. Otros nombres venían después, Mercedes, Chivilcoy, Bragado, y eso ya era el campo. Se veían tierras cultivadas y las líneas de los surcos, que convergían hacia el horizonte, se separaban más o menos, según la velocidad del tren.

Pasado largamente el mediodía, en el verano, yo trataba de descubrir, entre el polvo que levantaba el viento y que se depositaba en las ventanillas y en la ropa, la figura del indio bombero de pie sobre el lomo del caballo, los quepis azules de los soldados o la silueta del mangrullo del fortín, como se dibujaban en tinta china en las historietas publicadas en algún diario o revista de la capital. Porque, como era sabido, los indios vivían en el desierto y las tierras que cruzábamos tenían esa apariencia.

En el último tercio del viaje, cercanos a la estación Realicó, en La Pampa, aparecían los árboles, y seguían pasando por la ventanilla junto con otros nombres escritos en los carteles: Nueva Galia, Fortuna, Bagual, Unión. Cuando oscurecía, mi atención volvía al interior del vagón y a los preparativos de la llegada inminente.

Pasaron muchos años hasta que conocí los caldenes a través de unas notables fotos que un amigo había tomado en La Pampa. Ocurrió en su estudio fotográfico, en Buenos Aires, y supe entonces que eran árboles que se daban exclusivamente en la Argentina y formaban los bosques que veía desde el tren en la etapa del viaje en que la oscuridad los iba ocultando.

Aún con múltiples lecturas sobre la pampa y los indígenas, y los viajes anuales a General Alvear, este bosque, que después de la Conquista del Desierto contaba con setenta mil kilómetros cuadrados –aproximadamente la superficie de la República de Irlanda o la de la provincia de San Luis, por ejemplo–, me era desconocido, y llegaba a mi conciencia por un hecho casual. Cuando fui en su búsqueda comprendí, al borde de un jagüel afirmado con troncos de caldenes y a poca distancia de una rastrillada –en Naicó, La Pampa–, que los indígenas habían habitado ese bosque y no la tierra vacía del desierto imaginado. Disponían de agua, proveniente de los médanos y almacenada en pozos como el que tenía a la vista, leña, refugio y alimento para los animales: estaba en el Mamüll Mapu o Tierra del Monte.

Mamüll Mapu y caldenal son nombres del mismo bosque que ocupa ese territorio. Para el ranquel representa un sitio sagrado, para el europeo y muchos criollos, fue un obstáculo o solamente un recurso a explotar.

La materialidad de los bosques que El Ranquelino atravesaba, y que yo veía, no lograba imponerse a esa construcción hecha con palabras: el desierto mencionado en los libros de historia, las llanuras ilimitadas de los textos de geografía. Se crearon paisajes a medida de los deseos y las necesidades de una élite, desconociendo y desdeñando la realidad geográfica. Se dibujó una pampa lisa y con ombúes.

Lucio Victorio Mansilla, que había recorrido la región, advirtió sobre la falsedad de esas afirmaciones. Estanislao Severo Zeballos se refirió al ombú diciendo que era simplemente un huésped en la pampa. Sin embargo, los libros de geografía que circularon en los primeros años del siglo XX insistían con la presencia de esos árboles y la perfecta planicie que coincidía con todo el territorio de La Pampa. El discurso puede, muchas veces, instalar proposiciones que llegan a tener valor de evidencias.

El caldenal, como otros bosques de la Argentina, fue y es ignorado. La palabra ignorar tiene dos significados: desconocer, no saber sobre la existencia de algo o alguien; o desdeñar, negarse a tomar en cuenta a ese algo o alguien. El caldenal es desconocido por muchos argentinos y también es desdeñado, porque fue y es tratado con indiferencia. Hubo, sin embargo, quienes advirtieron su valor como recurso económico. Se habló incluso de “el Júpiter de la madera”.¹

1. Fortunato Anzoátegui, llamado “el Júpiter de la madera”, poseía cerca de ciento cincuenta mil hectáreas de monte en el departamento Caleu Caleu, en la actual provincia de La Pampa. La madera de caldén se explotaba para usarla como combustible para los ferrocarriles dada la escasez de carbón como consecuencia de la Primera Guerra Mundial (1914-1918).

Se queman anualmente, de manera espontánea o intencional, miles de hectáreas de bosque sin que haya acciones eficaces para controlar ese desastre ecológico. Tan grave como la deforestación, producto del fuego o de la tala, es la “degradación” consiguiente que modifica las características de este socioecosistema único en el planeta, transformándolo, a veces, en un arbustal casi impenetrable.

El desembarco de los españoles en el siglo XVI en las orillas del que llamaron “Río de la Plata” fue el inicio de una guerra con los indígenas: una potencia extranjera se instaló en un territorio ocupado. La guerra fue constitutiva de la relación de los indígenas con los españoles primero, y con los criollos después.

Parte del teatro de operaciones de esa guerra fueron los bosques que, como los desiertos, son lugares inhóspitos, hostiles y generalmente evitados. Sin embargo, la imagen de los últimos evoca sitios vacíos, deshabitados, y convenía mejor al proyecto de fundar una nación desde cero, desconociendo lo existente desde la fauna y la flora hasta los seres humanos.

El episodio crucial fue la mencionada Conquista del Desierto. Aparece sin eufemismos la verdadera naturaleza del conflicto: una guerra de conquista, de la que la campaña del general Roca fue un hito importante que dejó a los suscriptores del empréstito que la financió del lado de los vencedores y del otro, a los que devinieron en poblaciones subalternas, junto con indígenas de grupos provenientes de la conquista de otro desierto, el del Chaco.

Las tierras fueron cuadrículadas sin tener en cuenta los accidentes geográficos y las personas expulsadas de ellas mediante una política planificada de desarraigo y pérdida de nexos familiares y sociales. La civilización quedó representada por los europeos y criollos y la barbarie por los vencidos.

Una parte de la inmigración europea llegó para desplazar y subordinar a los indígenas. Traídos por los financistas y terratenientes extranjeros y criollos que tenían en su poder grandes superficies de las tierras “conquistadas”, la realidad de algunos inmigrantes fue pasar de ser “los vencidos” en sus lugares de proveniencia a convertirse aquí en vicarios de “los vencedores”.

Sin embargo, con el tiempo los hijos de los colonos que abatieron caldenes y ocuparon las tierras de los indígenas fueron sintiendo propios los árboles y rescatando las historias de aquellos que nunca se fueron.

*Relatar la historia e institucionalizar ese relato en la Argentina ha sido lo mismo
que fundar un estado; narrar el pasado es construir el futuro.*

*Jens Andermann, Mapas de poder. Una arqueología literaria
del espacio argentino*



*Como desierto, el nuevo mundo tiene una acción retardataria y reaccionaria en el antiguo.
En política, por ejemplo, la federación americana, que no es sino la feudalidad de su Edad Media,
está produciendo en Europa, por la acción de su ejemplo, un retroceso de sus estados unitarios
hacia la vieja descentralización de la Edad Media.*

*Juan Bautista Alberdi, Páginas explicativas sobre su libro
Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*



Desde su mismo apodo oficial la “Conquista del Desierto” apenas se concebía, pues, como una empresa destinada a positivar un espacio estéril y vacío.

Mientras en la historiografía norteamericana el mito geohistórico ponía en escena la idea de una metamorfosis impulsada por la expansión hacia un medio que lindaba con lo salvaje e informe, en los relatos argentinos de grandeza nacional, esta consistiría exclusivamente en el aumento de la propiedad territorial, en la expansión nominal de una soberanía que en muchos casos pasó a traducirse rápidamente en propiedad concreta de grandes especuladores y terratenientes europeos.

Jens Andermann, *Mapas de poder*



Gobernar es poblar.

Como se pone bajo mi nombre, a cada paso, la máxima de mi libro Bases, de que en América gobernar es poblar, estoy obligado a explicarla, para no tener que responder de acepciones y aplicaciones que lejos de emanar de esa máxima se oponen al sentido que ella encierra y lo comprometen, o, lo que es peor, comprometen la población en Sud América.

Gobernar es poblar en el sentido de que poblar es educar, mejorar, civilizar, enriquecer y engrandecer espontánea y rápidamente, como ha sucedido en los Estados Unidos.

Juan Bautista Alberdi, Páginas...



*Mas para civilizar por medio de la población es preciso hacerlo con poblaciones civilizadas;
para educar a nuestra América en la libertad y en la industria es preciso poblarla con poblaciones de la Europa
más adelantada en libertad y en industria, como sucede en los Estados Unidos.
Los Estados Unidos pueden ser muy capaces de hacer un buen ciudadano libre, de un inmigrado abyecto y servil,
por la simple presión natural que ejerce su libertad, tan desenvuelta y fuerte que es la ley del país,
sin que nadie piense allí que puede ser de otro modo.*

Juan Bautista Alberdi, Páginas...



*Pero la libertad que pasa por americana es más europea y extranjera de lo que parece.
Los Estados Unidos son tradición americana de los tres Reinos Unidos de Inglaterra, Irlanda y Escocia.
El ciudadano libre de los Estados Unidos es, a menudo, la transformación del súbdito libre de la libre Inglaterra, de la libre Suiza, de la libre Bélgica, de la libre Holanda, de la juiciosa y laboriosa Alemania.*

Juan Bautista Alberdi, *Páginas...*



Si la población de seis millones de angloamericanos con que empezó la República de los Estados Unidos, en vez de aumentarse con inmigrados de la Europa libre y civilizada, se hubiese poblado con chinos o con indios asiáticos, o con africanos, o con otomanos, ¿sería el mismo país de hombres libres que es hoy día?

No hay tierra tan favorecida que pueda, por su propia virtud, cambiar la cizaña en trigo.

El buen trigo puede nacer del mal trigo, pero no de la cebada.

Juan Bautista Alberdi, Páginas...



Gobernar es poblar, pero sin echar en olvido que poblar puede ser apear, embrutecer, esclavizar, según que la población trasplantada o inmigrada, en vez de ser civilizada, sea atrasada, pobre, corrompida. ¿Por qué extrañar que en este caso hubiese quien pensara que gobernar es, con más razón, despoblar?

Juan Bautista Alberdi, *Páginas...*





Hacer paisaje

*(Costas de tinta china. Golfos. Bancos de arena.
Círculos donde el mar es más playo o profundo.
Al Sur o al Norte un oso polar o una ballena.
Más hermosos que el mundo son los mapas del mundo).*

Horacio Rega Molina



Ilustración de Horacio Butler
para *Geografía Argentina*,
de María Rosa Olivier, 1939.

GALILEO. ¿Y si su Alteza contemplara por ese antejo la existencia de esas estrellas tan imposibles como inútiles?
EL MATEMÁTICO. Se sentiría la tentación de responder que su antejo, al mostrar lo que no puede ser, no es muy de fiar, ¿no?

Bertold Brecht, *Vida de Galileo*

Las descripciones del “Desierto” que hacen Santiago Avendaño, Lucio Victorio Mansilla y Estanislao Severo Zeballos provienen de tres hombres que lo recorrieron con distintas motivaciones. Sin embargo, prevalecieron los prejuicios instalados por otros como, por ejemplo, Esteban Echeverría, quien escribió *La Cautiva* desde una estancia en Luján, en las proximidades de la ciudad de Buenos Aires. Si bien no describió minuciosamente el paisaje, afianzó la idea de extensiones vacías que no se corresponden con lo que relatan los tres autores mencionados antes. Luis Lorenzo Domínguez afirmó que “la pampa tiene el ombú”, y con ese verso de su poema dedicado al árbol, plantó un dato falso que aún hoy se toma como cierto. Prejuicios unidos al deseo de una *tabula rasa* para fundar un país que se pareciera a las naciones europeas se encauzaron en una deliberada acción política.

Un paisaje adulterado ocupó el lugar de aquel cuya existencia estuvo oculta por indiferencia, temores y el imperativo de ajustar lo existente al molde soñado por una generación que miraba hacia Europa.

Se trató de explicar el funcionamiento de las civilizaciones americanas con criterios inapropiados. América debía ser rehecha. Su naturaleza debía encajar, en lo posible, en las categorías de la historia natural europea. Los “algarrobos” americanos, algarrobo blanco, negro y dulce (*Neltuma alba*, *Neltuma nigra* y *Neltuma flexuosa*) pertenecen a un género diferente al del algarrobo del Mediterráneo (*Ceratonia siliqua*). Los árboles americanos adquirieron esa denominación por compartir con aquel una característica: dar chauchas que sirven para forraje. Las “jarillas” del género *Larrea* (*Zygophillaceae*), plantas que cubren grandes extensiones del oeste, sur y norte del caldenal, derivan su nombre castellano de las jaras (*Cistaceae*) de la península Ibérica y no pertenecen siquiera a la misma familia.

Vamos a contrastar las descripciones de la Tierra Adentro –el “Desierto”– de Avendaño, Mansilla y Zeballos con las que figuraron en libros de geografía argentina elemental en los primeros años del siglo XX.

Avendaño, Mansilla y Zeballos

Santiago Avendaño fue raptado por los ranqueles en un establecimiento del sur de Santa Fe en 1842, cuando tenía siete años. Estuvo cautivo hasta 1849 en la zona de Toay, La Pampa. Huyó de las tolderías próximas a la actual ciudad de Santa Rosa y se dirigió hacia el oeste a través del caldenal. Llegó a la laguna de los Loros –Tricaucó en lengua indígena– y desde allí hasta Meucó, donde el caldenal da paso gradualmente al ecosistema del monte. Finalmente, arribó a la ciudad de San Luis, donde advirtió a las autoridades de una invasión de indios a San José del Morro.

Escribe Avendaño en Memorias del excautivo (ca. 1860):

Seguí despacio, para no llegar con oscuridad a la laguna de los Loros que, por estar rodeada de bosque espeso por el sud, el oeste y el norte, inspira terror.

Y así relata su ingreso al monte:

Yo dudaba por ratos de hallar agua a tiempo, porque a la distancia de una legua tenía que entrar en un bosque muy grande y tan espeso que no se veía sino una oscuridad sin límites. Este monte es el que viene desde Patagones, pasa por Bahía Blanca y, de vez en cuando, entrecortado por llanuras de grandes y pequeñas extensiones, penetra al corazón de las provincias del Norte, a San Luis, San Juan, Córdoba, Santiago, etc.

El coronel **Lucio Victorio Mansilla**, sobrino de Juan Manuel de Rosas, partió del fuerte Sarmiento, próximo a Río Cuarto, Córdoba, y llegó hasta las tolderías de Leubucó, en el norte de la actual provincia de La Pampa y su límite con San Luis. El objetivo declarado por Mansilla fue establecer un tratado de paz con los ranqueles. Para esa finalidad fue a entrevistarse con el lonko ranquel Panguitruz Guor, bautizado en cautiverio como Mariano Rosas por Juan Manuel de Rosas, quien lo apadrinó y le legó el apellido. Por primera vez el ejército pudo levantar información cartográfica y llegar a Leubucó, un verdadero pueblo, al decir del sacerdote Meinrado Hux, que historió con base documental distintas genealogías indígenas. El coronel y un grupo reducido de soldados atravesaron cerca de cuatrocientos kilómetros a caballo. Todo el recorrido se hizo entre el 30 de marzo y el 17 de abril de 1870.

Carta XI

“La Laguna del Cuero está situada en un gran bajo. A pocas cuadras de allí el terreno se dobla ex abrupto, y sobre médanos elevados comienzan los grandes bosques del desierto, o lo que propiamente hablando se llama Tierra Adentro.

Los que han hecho la pintura de la Pampa, suponiéndola en toda su inmensidad una vasta llanura, ¡en qué errores descriptivos han incurrido!

Poetas y hombres de ciencia, todos se han equivocado. El paisaje ideal de la Pampa, que yo llamaría para ser más exacto, pampas, en plural, y el paisaje real, son dos perspectivas completamente distintas. Vivimos en la ignorancia hasta de la fisonomía de nuestra Patria.

Poetas distinguidos, historiadores, han cantado al ombú y al cardo de la Pampa.

¿Qué ombúes hay en la Pampa, qué cardales hay en la Pampa?

¿Son acaso oriundos de América, de estas zonas?

Lucio V. Mansilla, *Una Excursión a los indios ranqueles*, 1870

Estanislao Severo Zeballos fue uno de los impulsores de la Campaña del Desierto y en su *Descripción amena de la República Argentina* (1881) dejó estas observaciones sobre el País del Monte.

El camino sigue después por la cañada entre los médanos y las colinas del Sur, que ya no tienen árboles, hasta que a legua y media se llega al primer bosque de caldenes colosales, al cual llaman los indios

Quethré Mamùel, (Quethré, cortado, aislado, y Mamùel, monte); y efectivamente es este un islote de árboles, sobre las ondulaciones arenosas.

El País del Monte se define desde aquí firmemente. Ya no son islas más o menos pobladas de árboles, sino una selva tupida y extensa, la que se interna hacia el sudeste.

La pampa según algunos textos de geografía de los primeros años del siglo XX

El territorio de La Pampa no es, como parece indicarlo su nombre y como vulgarmente se cree, una vasta llanura, toda ella árida y monótona; sino que presenta ondulaciones, lomas y arboledas en abundancia, y ostenta grandes regiones ricas en pastos de todas clases y en lagunas de agua dulce o salada, las cuales regiones contrastan agradablemente con otras, que, por carecer de árboles y elevaciones del terreno, eran llamadas pampas por los indios”.

P.P. de la Compañía de Jesús, *Manual de la Infancia para las clases de enseñanza primaria* (ca. 1914)

La Pampa Central es una inmensa llanura formada en casi toda su extensión por praderas naturales, interrumpidas por selvas y suaves ondulaciones en el N. E. y N. y que se acentúan a medida que se avanza al O. Abundan los médanos. Atraviesa el territorio el río Chadi-Leufú o Salado,

que va de N. a S. E. y desemboca en la laguna de Urre-Lauquén.

De esta laguna sale el río Curacó, que afluye al Colorado, situado en el límite sur de la Pampa.

Abundan los bañados y lagunas.

El clima es templado y lluvioso.

Eduardo T. Barbier, *Geografía Elemental* (ca. 1920)

La Región Pampeana es una inmensa llanura que el hombre ha domado al poblarla de animales, al instalar molinos, al plantar árboles, al sembrar cereales que el sol madura, dándole al campo el color amarillo que ves en el mapa. También la cubren, en parte, montes de arbustos espinosos.

La Gobernación de La Pampa posee una capital de nombre muy bonito: Santa Rosa de Toay. Aunque muchos de sus campos se hallan cultivados, existen lugares salvajes donde el plumaje grisáceo de los ñandúes se confunde con las matas de yerba bajo las que se ocultan las iguanas y los peludos. Aquí nos sentimos, verdaderamente, en plena pampa legendaria, con sus ombúes, sus zorrinos, sus horneros y sus bichofeos; con sus lagunas rodeadas de teros y flamencos; con sus crepúsculos entristecidos por el áspero grito del chajá.

María Rosa Oliver, *Geografía argentina*, 1939

Arboledas en abundancia, selvas que interrumpen praderas naturales, inmensa llanura en la que el hombre plantó árboles, cubierta en parte por montes espinosos no parecen descripciones que se correspondan con los setenta mil kilómetros cuadrados de “bosques espesos que inspiran terror” ni los “grandes bosques del desierto” ni “caldenes colosales” ni “una selva tupida y extensa”.

¿Quiénes hicieron el paisaje de la Tierra Adentro? ¿Los que la describieron conociéndola por haberla recorrido o los que la retrataron de oídas? Fue, al parecer, más efectivo el trabajo de estos últimos. ¿Cuántos argentinos conocen la existencia del caldenal y la superficie que aún hoy ocupa? ¿Cuántos no dudarían en decir que el ombú es el árbol típico de la pampa? Las imágenes de gauchos tomando mate debajo de sus copas, al lado del rancho, son más eficaces que sus desmentidas.

El sacerdote y naturalista salesiano Juan Víctor Monticelli y otros curas y coadjutores de la misma congregación dejaron fotos y descripciones en el primer tercio del siglo XX que le dieron un paisaje al caldenal. Simultáneamente, se producía una explotación descontrolada del bosque, visible en las fotografías de altas paredes de leña bordeando las vías del ferrocarril. La “limpieza” había comenzado apenas finalizada la campaña del general Roca y abarcó tanto a los árboles como a los indígenas.

Los paisajes se construyen *de visu* instalándose en la percepción e *in situ* a través de la acción de la naturaleza y de los seres humanos. El factor antrópico puede ser más veloz que los agentes naturales. Grandes superficies boscosas son transformadas en praderas en el transcurso de pocos años; un cerro toma en breve tiempo el aspecto de una muela cariada, pulverizado por explosiones que arrasan la flora y la fauna de sus laderas.



*Seguí despacio, para no llegar con oscuridad
a la Laguna de los Loros que,
por estar rodeada de bosque espeso por el sud,
el oeste y el norte inspira terror.*

Santiago Avendaño, Memorias del excautivo



*La Laguna del Cuero está situada en un gran bajo.
A pocas cuadras de allí el terreno se dobla ex abrupto,
y sobre médanos elevados comienzan los grandes bosques del desierto,
o lo que propiamente hablando se llama Tierra Adentro.*

Lucio V. Mansilla, Una Excursión a los indios ranqueles



*El camino sigue después por la cañada entre los médanos y las colinas del Sur,
que ya no tienen árboles, hasta que a legua y media se llega al primer bosque de caldenes colosales,
al cual llaman los indios Quethré Mamùel (Quethré, cortado, aislado, y Mamùel, monte);
y efectivamente es este un islote de árboles, sobre las ondulaciones arenosas.*

Estanislao S. Zeballos, Descripción amena de la República Argentina



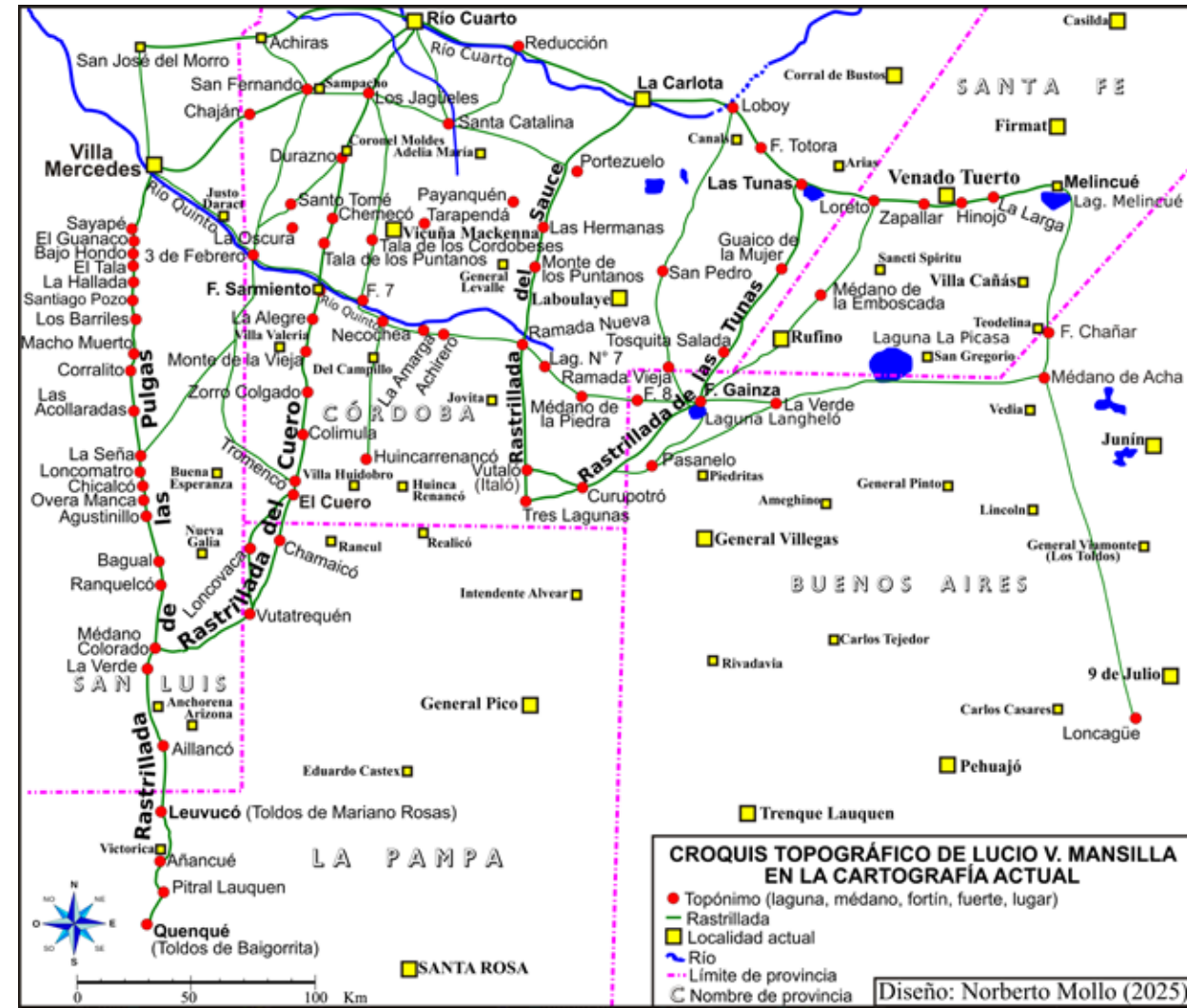
*El País del Monte se define desde aquí firmemente.
Ya no son islas más o menos pobladas de árboles,
sino una selva tupida y extensa, la que se interna hacia el sudeste.*

Estanislao S. Zeballos, *Descripción amena de la República Argentina*





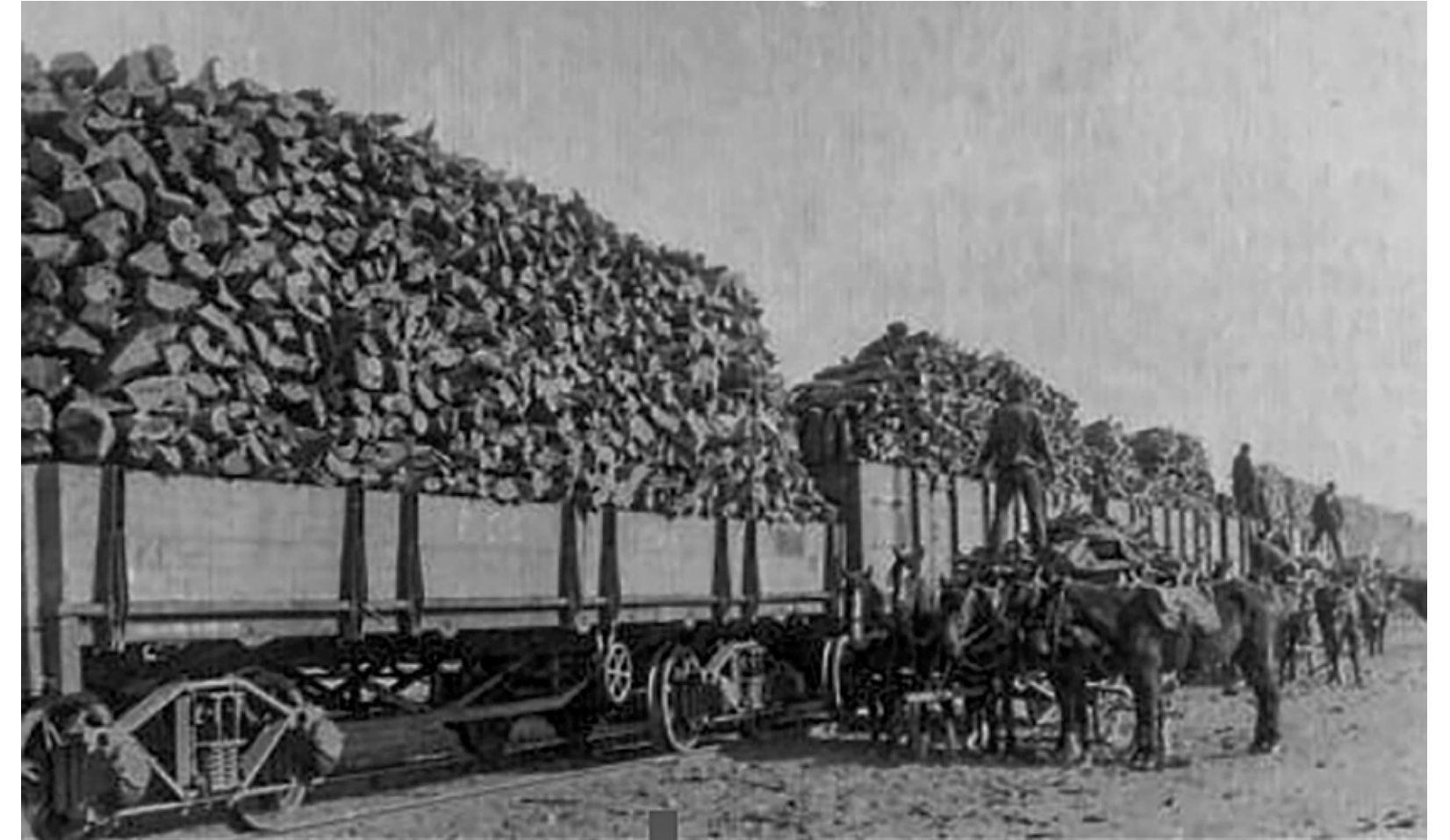
Mamüll Mapu



Itinerario de Mansilla



Fotografía del bosque de caldenes, del padre Juan Víctor Monticelli, *Far West Argentino*, 1933.



Vagones cargados con leña. Fuente AGN.



Formando pilas de leña. Fuente AGN.



Transporte por tren de la leña de los obrajes. Fuente AGN.



Un paisaje para el caldenal

Un cazador busca su alimento. Necesita recordar los senderos andados y asociarlos con alguna particularidad: una roca imponente, un árbol aislado, el hallazgo de una aguada o tal vez un hecho fortuito, como el encuentro con un animal peligroso. Datos que lo ayudarán a desandar su camino o ubicar los grupos de animales que halló. Probablemente dé nombre a esos sitios. La toponimia es un rastro más que dejará en la representación del lugar.

Recorre los diferentes accidentes que le presenta el terreno, y se encuentra con pastos, árboles, agua, con los animales que busca, con las hierbas que pueden ayudarlo a sobrevivir, o con la ausencia de parte o de todo eso. En su memoria se dibujan imágenes que pueden plasmarse en un mapa –la cartografía es una forma de representación asociada especialmente con lo útil– o en un recuerdo que lo conmueva y le provoque el deseo de contemplar el lugar, que se inscriba en su dimensión estética: ese es uno de los aspectos del paisaje. El otro está dado por la huella, más o menos duradera, con la que señala los lugares que recorre y los que evita, los rastros que deja y que modifican el terreno. Por ejemplo, el refugio que construye para acechar y protegerse de los rigores del clima o del ataque de animales, y las sendas que marca para llegar a él.

Somos nosotros quienes al transitar y habitar construimos paisajes. Tal vez el de nuestra infancia sea el único que nos viene al encuentro y nos vincula, esencialmente, con la nostalgia. La naturaleza es inescindible; sin embargo, el paisaje representa una porción de ella y la conecta con la cultura. Es diálogo cultural y designa tanto la configuración de un terreno como su imagen, el recorte que cada uno hace de esa porción de la superficie terrestre y su representación. El paisaje se construye, ya sea dejando huellas sobre el territorio, modificándolo o preservándolo como “naturaleza pura”. Y de esto último son ejemplos las reservas naturales, valorizadas por la cultura en un momento en el que los ataques al ambiente son cada vez más virulentos.

Cada grupo humano que habite o transite un territorio construirá su paisaje, a través de las intervenciones sobre él o por las imágenes visuales, olfativas, auditivas y gustativas que acumule en su percepción. Y será de acuerdo con su concepción del mundo.

Cuando afirmamos que el caldenal es un socioecosistema en el que predomina el caldén *Neltuma caldenia*, suponemos un interlocutor que tiene noticia del significado de socioecosistema y de la clasificación de Linneo que se refiere al caldén indicando su género, *Neltuma*, y su especie, *Neltuma caldenia*. Que esa taxonomía responde al intento de ordenar la naturaleza, la ardua y dificultosa tarea de hacerla entrar en categorías, a la búsqueda de criterios unificadores frente a la diversidad imponente del mundo. Toda una cosmovisión está implícita en esa frase.

Si decimos en cambio “Mamüll Mapu”, nombre dado por los ranqueles al mismo bosque, podemos agregar que se trata de un sitio sagrado, porque sagrado es el “trümpül wuitru” - caldén. Esas diferentes formas de nombrar describen mundos disjuntos, difícilmente superponibles.

El significante “vaca” no tiene para un ganadero el mismo valor que aquel que designa a ese animal en un idioma cuyos hablantes le dan a este un carácter sagrado. Señalarán lo mismo pero lo que comprenda el ganadero y el religioso no será igual.

El Mamüll Mapu fue visto por los europeos y los criollos como un obstáculo que debía ser removido, o como un recurso a explotar sin limitaciones. Obstáculo, porque en esos montes encontraban refugio y alimento los indígenas, antes de su

expulsión y, luego, algunos bandidos rurales. También como impedimento para la agricultura. Recurso, por el valor de la madera que se obtuvo en grandes cantidades poniendo en riesgo la continuidad de su explotación y la existencia misma del bosque y porque una vez “limpio”, vendría la agricultura. Que llegó, extenuó la tierra y la convirtió en un desierto verdadero.

¿Qué significaría dotar de paisaje al caldenal? Significaría construir una iconografía que le dé visibilidad. Producir imágenes centradas en el bosque, en el conjunto. Concederle la representación de la que careció, al menos, hasta el segundo tercio del siglo XX.

El punto de partida tendría que tener en cuenta que el árbol, el caldén, no debería ocultar al bosque. Las grandes hachadas transformaron el paisaje en enormes praderas; se dejaron árboles aislados que al no tener competencia alcanzaron portes apreciables, y son ejemplares atractivos para la fotografía, la pintura y la poesía, pero pueden fortalecer la creencia de que el caldén está a salvo gracias a esos sobrevivientes, los cuales, por otra parte, es improbable que dejen descendencia.

Lo que peligró es el bosque, conjunto de flora, fauna, suelo y aire, que constituye un ecosistema complejo del que los seres humanos somos una de las partes que pueden influir en su destino.

El ensamble de imágenes, textos y toda forma que dé espesor a las representaciones del caldenal permitiría contrarrestar las falacias arraigadas entre los habitantes de nuestro país sobre la naturaleza de la pampa, las especies que la habitan y su historia. Un paisaje distorsionado colaboró en la descripción falaz de su pasado, con estereotipos

engañosos que subsisten aún hoy. El conjunto deberá contribuir a mostrar la inmensidad del bosque e intuir el tamaño que tuvo antes de las grandes “hachadas” que lo transformaron, en parte, en un verdadero desierto, luego de destinarse a una agricultura para la que el suelo no estaba preparado.

El caldenal, paisaje dotado de belleza inquietante y ambigua, tanto como el desierto falso, su reverso, fue ocultado por una construcción muy conveniente para el diseño de un país a medida de la clase dominante y sus socios extranjeros. Se instaló la ilusión de un progreso dinámico, fundado en la explotación ilimitada de los recursos, pero en realidad estático, porque no contemplaba cambios en una economía sustentada en la producción de materias primas. El ecocidio que presenciamos y cuyas consecuencias padecemos hoy es la expresión de las contradicciones de origen que no han sido superadas.

Los paisajes se expresan más allá de hermosas vistas que puedan ser representadas en pinturas, fotografías o descripciones literarias. Las imágenes del territorio y las intervenciones humanas que lo moldean tienen carácter político. Instalar en la iconografía nacional al bosque de caldenes mostraría su magnitud y valor como reservorio de biodiversidad.

Hay que oponer al desconocimiento la información, y al desdén el respeto.

*“Los años transcurren para todos. Para el paisaje también transcurren.
Para los habitantes del paisaje. Porque la naturaleza... no es paisaje hasta que no hay una criatura
–no solo humana, cualquier tipo de criatura– que lo mira y que lo ve.
Abí pasa a ser paisaje, porque se establece el diálogo cultural, entre esa criatura y el paisaje.
Se gradúa de paisaje la naturaleza. Los sentimientos van agregando ráfagas de ausencia”.*

Edgar Morisoli, en *“Pequeños Universos VI: La Pampa”*. Entrevista de Chango Spasiuk



*Los libros de la biblioteca no tienen letras.
Cuando los abro surgen.*

Poema "*La dicha*", Jorge Luis Borges



Es evidente que donde faltase el hombre que sabe mirar y tener conciencia de sí como presencia y como agente territorial, no habría paisaje, sino solo naturaleza, espacio biótico bruto, al punto de hacernos comprender que entre las dos acciones teatrales del hombre, el actuar y el mirar, nos aparezca como más importante, más exquisitamente humana la segunda, con su capacidad de guiar a la primera.

Eugenio Turri, Il paesaggio come teatro



*Mirar el paisaje nunca es mera contemplación,
sino un proceso altamente selectivo en el cual el actor recoge indicaciones
sobre el modo en el cual, en su relación con el mundo,
debe actuar para satisfacer sus necesidades o intereses.*

Charles Morris, *Lineamenti di una teoría dei Segni*



Si consideramos la geografía como una disciplina que examina las relaciones entre las formas de ocupación humana y los espacios o bien naturales o bien los creados, es decir, aquellos que los hombres construyen o de los que se apropian, entonces se podría decir que el paisaje sirve para centrar la atención en lo visual y en los aspectos visibles de esas relaciones.

Denis Cosgrove, Observando la naturaleza: el paisaje y el sentido europeo de la vista



*“La imagen no es un signo entre otros, posee un poder específico,
el de hacer ver, poner en escena formas, espacios y cuerpos que ofrece a la mirada”*

[Marie José Mondzain, L'Image peut- elle tuer?].

*La imagen no reproduce lo visible, produce y configura lo visible;
no es un reflejo del mundo dado de antemano, sino una mediación entre el hombre y el caos
que permite darle forma de mundo ofrecido a la experiencia y a la diversidad de las interpretaciones.*

Patrick Vauday, *La invención de lo visible*



El paisaje es un medio no sólo de expresión de valores, sino también de expresión de significados, de comunicación entre personas y, lo que es más radical, de comunicación entre lo humano y lo no humano.

El paisaje media entre lo cultural y lo natural, o entre el “Hombre” y la “Naturaleza”, como dirían los teóricos del siglo XVIII. No es sólo una escena natural, no es sólo una representación de una escena natural, sino una representación natural de una escena natural, una huella o icono de la naturaleza en la propia naturaleza, como si ésta imprimiera y codificara sus estructuras esenciales en nuestro aparato perceptivo.

Tal vez por eso concedemos un valor especial a los paisajes con lagos o estanques reflectantes.

El reflejo exhibe a la Naturaleza representándose a sí misma ante sí misma, mostrando una identidad de lo Real y lo Imaginario que certifica la realidad de nuestras propias imágenes.

Mitchell, W.J.T., *Landscape and Power*



El paisaje, sugiero, es uno de los nodos principales a través de los cuales podemos pensar la intersección entre prácticas políticas y estéticas de la modernidad, prácticas del Estado, así como de su contestación por parte de disidencias de cuño “revolucionario” o “conservador”. Si en el siglo XIX el paisaje pintoresco del naturalismo romántico fue sentando las bases iconográficas de los emergentes estados oligárquico-liberales, exportadores de materias primas, las transformaciones que fue sufriendo la forma paisaje a lo largo del siglo XX son a un mismo tiempo el índice de la crisis de este sistema político, económico y cultural y del fracaso persistente de trascender sus contradicciones fundamentales.

Jens Andermann, Paisaje: imagen, entorno, ensamble



*Aún hay una historia por escribir del paisaje moderno,
particularmente ahí donde la tierra ha sido y en muchos casos sigue siendo el principal objeto de contienda.
¿Cómo historiar –me pregunto–, en la América Latina del siglo XX, los paisajes para el desarrollo,
para la revolución, o para el ajuste? ¿Cuáles fueron, o aún siguen siendo,
las prácticas políticas y estéticas del espacio, de poder y de resistencia,
que conlleva cada uno de ellos?*

Jens Andermann, Paisaje: imagen, entorno, ensamble



*... en el paisaje podemos encontrar el reflejo de nuestra acción,
la medida de nuestro vivir y obrar en el territorio
(entendido este como el espacio en el cual operamos, nos identificamos,
en el cual tenemos nuestros lazos sociales, nuestros muertos, nuestras memorias,
nuestros intereses vitales, punto de partida de nuestro conocimiento del mundo).*

Eugenio Turri, Il paesaggio come teatro



Así considerado, el paisaje entra en el ámbito de la actividad poética con la cual el hombre y la vida crean las propias referencias, la propia autorreferencialidad. Para usar la fórmula de Edgar Morin, el paisaje gracias a esto se hace imagen, representación, “reflejo de la realidad fenoménica”, a través del cual se produce conocimiento territorial en nuestro caso, “sobre la base de la cual la acción prepara y alerta las propias estrategias”.

En este sentido, se puede asignar al paisaje la función de referente visible fundamental a los fines de la construcción territorial. Esta se realiza cuando un espacio de naturaleza, anónimo, que vive sin el hombre, se transforma en espacio cultural, esto es cuando se carga de referencias, de símbolos, de nombres (los nombres como reconocimiento topográfico, como elección de lugares de valor práctico y simbólico, que devienen culturales, entran en el lenguaje que produce cultura) y después de objetos humanos, proponiéndose como escenario o teatro en el cual los individuos y la sociedad interpretan las propias historias.

Eugenio Turri, Il paesaggio come teatro



Entre las relaciones más estrechas que existen entre la nación y el estado está el paisaje material. Mientras que las naciones son comunidades creadas, en las que ningún ciudadano puede llegar a intimar con cada uno de sus conciudadanos, son también territorios imaginados, puesto que ningún ciudadano puede llegar a conocer íntimamente la tierra de su propio estado. Las figuras icónicas de la naturaleza y del paisaje nacional han desempeñado un papel muy importante en la conformación de los estados-nación modernos puesto que son las expresiones visibles de una relación natural entre un pueblo o nación y el territorio o naturaleza que ocupa.

B. Anderson, en D. Cosgrove, *Observando la naturaleza*



Deseo de convertirse en indio

*¡Si uno fuese, sin embargo, un indio, dispuesto al momento y sobre el caballo lanzado a la carrera,
de través por el aire, que vuelve siempre a retemblar a golpes cortos sobre el suelo trepidante,
hasta que uno se deshace de las espuelas, porque no hay espuelas, hasta que uno arroja la riendas
porque no hay riendas, y apenas ve ante sí el campo, como una pradera segada al ras,
ya sin cuello de caballo y sin cabeza de caballo!*

Franz Kafka, *Contemplación*, 1912

La cultura europea se refleja en su propio espejo e imagina la esencia indígena como disolución en la naturaleza, en el paisaje. Eliminar la posición estratégica que tiene el jinete desde su cabalgadura, rompe la relación de dominio y subordinación que se establece entre el espectador y el objeto de visión, entre el observador y lo observado.

Kafka formula una conjetura atractiva.



Estamos en una sociedad en la cual los impulsos individualistas son fortísimos, divergentes los intereses, las visiones del mundo, las pasiones territoriales, las relaciones cotidianas con el espacio, etc.

Basta con observar la misma variedad de objetos que componen nuestros paisajes, en los que parece desaparecer toda adherencia de la cultura a la naturaleza y en los que se sienten infinitas desconexiones con los paisajes del pasado.

Tal vez por esto estemos inducidos a mirar con pasión a las sociedades preindustriales o etnográficas, las sociedades holísticas, donde mitos, atribuciones simbólicas, significados religiosos regulaban en modo autoritario y único las relaciones con la naturaleza, bajo el impulso de una cultura fundada sobre valores experimentados a través de las generaciones a partir de los fundadores o de sus principales intérpretes.

Eugenio Turri, Il paesaggio come teatro



*Nombrar el espacio es el a priori de la colonización:
sólo la magia del nombre nuevo sostiene su flamante legitimidad de reclamar
como suyo lo que designa y de superponerse a otro nombre.*

Jens Andermann, *Mapas de Poder*



*Como fondo en el que surge una figura,
una forma o un acto narrativo,
el paisaje ejerce la fuerza pasiva de la ambientación,
la escena y la vista.*

*Suele ser lo “pasado por alto”, no lo “mirado”, y
puede resultar bastante difícil especificar qué significa exactamente
decir que uno está “mirando el paisaje”.*

*Mitchell, W.J.T., *Landscape and Power**



*El imperativo paisajístico es una especie de mandato de retirarse,
de extraer mediante la retirada de un lugar.
Si un paisaje, como decimos, “nos atrae” con su seductora belleza,
este movimiento es inseparable de la retirada a una perspectiva más amplia y segura,
una distancia estetizante, una especie de resistencia a cualquier reivindicación
práctica o moral que la escena pueda hacernos.
La observación de Raymond Williams sigue siendo válida:
“un terreno de trabajo casi nunca es un paisaje”
La invitación a mirar una vista es, pues, una sugerencia de mirar nada
–o, más precisamente, de mirarse a sí mismo–
para participar en una especie de percepción consciente
del espacio a medida que se desarrolla en un lugar determinado.*

Mitchell, W.J.T., *Landscape and Power*





Tesis sobre el paisaje
de W.J.T. Mitchell

1. El paisaje no es un género artístico, sino un medio.



*2. El paisaje es un medio de intercambio entre lo humano y lo natural,
entre lo propio y lo ajeno.
Como tal, es como el dinero:
sin utilidad en sí mismo,
pero expresivo de una reserva potencial ilimitada de valor.*



*3. Al igual que el dinero,
el paisaje es un jeroglífico social que oculta la base real de su valor.
Lo hace naturalizando sus convenciones y convencionalizando su naturaleza.*



*4. El paisaje es una escena natural mediada por la cultura.
Es tanto un espacio representado como presentado, tanto un significante como un significado,
tanto un marco como lo que delimita, tanto un lugar real como su simulacro,
tanto un envoltorio como la mercancía que contiene.*



5. El paisaje es un medio presente en todas las culturas.



6. El paisaje es una formación histórica particular asociada al imperialismo europeo.

7. Las tesis 5 y 6 no se contradicen.



*8. El paisaje es un medio agotado,
que ya no es viable como modo de expresión artística.
Como la vida, el paisaje es aburrido; no debemos decirlo.*

9. El paisaje mencionado en la tesis 8 es el mismo al que se refiere la tesis 6.



Hacia un desierto verdadero

La palabra paisaje hace referencia a la representación de un lugar –ligada especialmente al sentido de la vista– y también a las huellas de nuestro obrar sobre él, a las modificaciones que le imprimimos habitándolo y transitándolo.

Los paisajes son dinámicos. Cambian, porque cambian la naturaleza y los seres humanos que, siendo parte de ella, la moldeamos dejando los rastros de nuestro operar.

La fisonomía de la tierra se modifica por procesos naturales y por la acción humana. Ese obrar, desde hace poco más de un siglo, está llevando al planeta a un punto sin regreso. Se horadan montañas, se contaminan el agua, el aire y la tierra. Los bosques son destruidos y la biodiversidad sufre violentos ataques. Esta involucra la interacción de múltiples formas de vida a través de mecanismos que muchas veces se desconocen y se explican por sus efectos. Esa zona de penumbra del conocimiento podría decirse sagrada, por ser hasta hoy inviolable. La prepotencia de ciertos modos de producción muchas veces va acompañada o sustentada por la infatuación de algunas personas que trabajan como científicos.

La desacralización de la Tierra –que no tiene un significado necesariamente religioso– se traduce en la agresividad de la destrucción y en negarse a tomar en cuenta sus consecuencias.

Comprender que la defensa de la integridad del planeta es en realidad autodefensa es la única forma de preservar nuestra vida en la Tierra.



Bibliografía²

- * Alberdi, J. B. (1916). *Páginas explicativas de Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*. La Cultura Argentina.
<http://www.cervantesvirtual.com/obra/bases-y-puntos-de-partida-para-la-organizacion-politica-de-la-republica-argentina-2011>
- Aliata, F., & Silvestri, G. (2001). *El paisaje como cifra de armonía: Relaciones entre cultura y naturaleza a través de la mirada paisajística*. Ediciones Nueva Visión.
- * Andermann, J. (2000). *Mapas de poder: Una arqueología literaria del espacio argentino*. Beatriz Viterbo Editora.
- * Andermann, J. (2008). *Paisaje: imagen, entorno, ensamble*. Orbis Tertius, 13(14).
- Barbier, E. T. (c. 1920). *Geografía elemental*. Librería del Colegio.
- Bodei, R. (2011). *Paisajes sublimes: El hombre ante la naturaleza salvaje* (M. Condor, Trad.). Ediciones Siruela.
- * Borges, J. L. (1984). *Obra poética*. Emecé Editores.
- Brecht, B. (1996). *Vida de Galileo*. Alianza Editorial.
- CortésRocca, P. (2011). *El tiempo de la máquina: Retratos, paisajes y otras imágenes de la nación*. Editorial Colihue.
- * Cosgrove, D. (2002). *Observando la naturaleza: El paisaje y el sentido europeo de la vista*. Boletín de la A.G.E., (34), 63-69.

Di Liscia, M. S., & Martocci, F. (2012, enero-junio). *De la abundancia a la desesperación: Viajes y representaciones sobre los recursos naturales en el interior argentino* (La Pampa, ca. 1880-1940). *Revista Brasileira de História da Ciência*, 5(1), 11-27.

* Hux, M. (1999). *Memorias del excautivo Santiago Avendaño*. Ediciones del Elefante Blanco.

* Kafka, F. (1980). *Relatos completos* (F. Zanutigh Núñez, Trad.). Editorial Losada.

* Mansilla, L. V. (2022). *Una excursión a los indios ranqueles*. Editorial Marea.

* Mitchell, W. J. T. (Ed.). (2002). *Landscape and Power* (2.ª ed.). The University of Chicago Press.

Núñez, P. G., & Lema, C. (2018). *Botánica, ciencia y guerra en la conquista patagónica de 1879*. CONICET-UNRN.

* Morris, C. H. (1954). *Lineamenti di una teoria dei segni*. Paravia.

Oliver, M. R. (1939). *Geografía Argentina* (ilustr. H. Butler). Editorial Sudamericana.

Compañía de Jesús, P. P. de la. (c. 1914). *Manual de la infancia para las clases de enseñanza primaria*. Ángel Estrada.

* Rega Molina, H. (1943). *Raíz y copa: Antología*. Editorial Losada.

Risso, J. (2016). *Cuando crear paisaje fue inventar un “desierto”: Las planicies argentinas a través de los relatos y pinturas de viajeros ingleses (1816-1926)*. ICSE, Universidad Nacional de Tierra del Fuego.

Roger, A. (2022). *Court traité du paysage*. Éditions Gallimard (Folio essais).

Silvestri, G. (2003). *El color del río: Historia cultural del paisaje del Riachuelo*. Universidad Nacional del Quilmes.

Silvestri, G. (2011). *El lugar común: Una historia de las figuras de paisaje en el Río de la Plata* (1.ª ed.). Edhasa.

Simmel, G. (2013). *Filosofía del paisaje*. Casimiro.

Souto, P. (Coord.). (2011). *Territorio, lugar, paisaje: Prácticas y conceptos básicos en geografía* (1.ª ed.). Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

* **Turri, E.** (2010). *Il paesaggio come teatro: Dal territorio vissuto al territorio rappresentato* (6.ª ed.). Marsilio Edit.

Turri, E. (2010). *Il paesaggio e il silenzio* (2.ª ed.). Marsilio Editori.

* **Vauday, P.** (2009). *La invención de lo visible*. Letranómada.

* **Zeballos, E.** (1881). *Descripción amena de la República Argentina. Tomo I: Viaje al país de los araucanos* (p. 174). Jacobo Peuser.

2. Los asteriscos corresponden a las citas que acompañan a las fotografías.

Las traducciones del italiano y del inglés son del autor.

Localidades donde fueron tomadas las fotografías

Página 2	Bajo del Carbón – La Pampa	Página 73.	Bajo del Carbón – La Pampa
Página 4.	Bajo del Carbón – La Pampa	Página 75.	Bajo del Carbón – La Pampa
Página 10.	Bajo del Carbón – La Pampa	Página 77.	Carro Quemado – La Pampa
Página 17.	Carro Quemado – La Pampa	Página 79.	Arroyo Guatraché – La Pampa
Página 19.	Ralicó – Córdoba	Página 81.	Ralicó – Córdoba
Página 21.	Nerecó – La Pampa	Página 83.	Carro Quemado – La Pampa
Página 23	Nerecó – La Pampa	Página 85.	Guatraché – La Pampa
Página 25.	Bajo del Carbón – La Pampa	Página 87.	Bajo del Carbón – La Pampa
Página 27.	Arroyo Guatraché – La Pampa	Página 89.	Ralicó – Córdoba
Página 29.	Juan Jorba – San Luis	Página 91.	Ralicó – Córdoba
Página 31.	Guatraché – La Pampa	Página 93.	INTA Villa Mercedes – San Luis
Página 32.	INTA Villa Mercedes – San Luis	Página 95.	El Durazno – La Pampa
Página 43.	Carro Quemado – La Pampa	Página 97.	Nerecó – La Pampa
Página 45.	Guatraché – La Pampa	Página 98.	El Durazno – La Pampa
Página 47.	Guatraché – La Pampa	Página 101.	Juan Jorba – San Luis
Página 49.	Guatraché – La Pampa	Página 103.	Carro Quemado – La Pampa
Página 51.	Nerecó – La Pampa	Página 105.	Arroyo Guatraché – La Pampa
Página 58.	Arroyo Guatraché – La Pampa	Página 107.	El Durazno – La Pampa
Página 65.	Guatraché – La Pampa	Página 109.	Bajo del Carbón – La Pampa
Página 67.	Villa Huidobro – Córdoba	Página 111.	Guatraché – La Pampa
Página 69.	El Durazno – La Pampa	Página 113.	Guatraché – La Pampa
Página 71.	Carro Quemado – La Pampa	Página 115.	Villa Huidobro – Córdoba

Agradecimientos

A Stella Bogino, Guillermo “Pampa” Herzel y Carmina Pederiva, Omar Lobos y María Luisa González, Norberto Perassi y Patricia Roldán, Aníbal Prina, José Antonio Salonia y Cristina Lucero, Mariana Inés Salonia y Gabriel Serafini.

Un agradecimiento especial a Norberto Mollo por el aporte de la cartografía.

La presente edición de

Caldenal
un bosque ignorado

Fotografías y textos de

Gerardo Salvador Salonia

se terminó de imprimir

en noviembre de 2025,

en FP impresora S.A.

William Morris 1560,

Buenos Aires, Argentina.

WOLKOWICZ
E D I T O R E S

